

Vjačeslav I. IVANOV, *A realibus ad realiora. Poesie e testi scelti*, Roma: Lipa, 2018, xxviii + 275 pp., 14 x 18,5, ISBN 978-8889667880.

Este pequeño volumen constituye una singular introducción a la visión del arte que propuso –de modo teórico y con su propia obra– V. I. Ivanov. En pleno siglo XX, su intento, constituye una cierta continuación de las ideas que había propuesto, cinco décadas antes, V. Soloviev. La reciente publicación en lengua castellana de los escritos de este último sobre la belleza (vid. *La transfiguración de la belleza*, Sígueme, 2021) hace más interesante la lectura de los textos de Ivanov.

El libro recoge escritos de géneros muy distintos. En primer lugar, una amplia selección de sus versos, en la que es posible acercarse a las distintas etapas de su producción (pp. 1-114). La edición es bilingüe, y cuenta con un interesante *Postfacio*, escrito por M. Sabbatini (que quizá sea mejor leer en primer lugar), y con un útil anexo que ofrece algunas notas a los poemas seleccionados. Muchos de los poemas giran en torno a Roma, de modo que el lector los percibe como muy cercanos.

La segunda parte es tal vez la más curiosa, pues presenta el libro III de *La leyenda del príncipe Svetomir*, un poema épico que ocupó más de dos décadas de trabajo del poeta. Como explica S. Carpio en la nota que acompaña al texto, para Ivanov esta obra era «su vía para salir de las tinieblas del nihilismo ateo» (pp. 155-156).

Una vía que pasaba a través de la transfiguración mitológica, en un intento de «fundir la mitología antigua con el alma rusa, expresar en forma arcaica la exigencia de la vida nueva, entrecruzar estilos y géneros literarios para inspirar un nuevo modelo de cristianismo universal» (p. 156). Siguiendo los deseos de unidad de Soloviev, nuestro autor quiso «imaginar una vía de unión universal que permitiese desencadenar la energía “dionisiaca” del alma rusa sobre los fundamentos firmes del catolicismo “apolíneo” de Roma» (p. 157). Lo que leemos en el libro es una pequeña parte, que sirve para hacerse una idea y que deja lógicamente con ganas de más.

Estas dos primeras partes del volumen constituyen, en el fondo, la encarnación de las ideas de Ivanov sobre la creación artística. En la tercera, el lector puede disfrutar de algunas breves reflexiones del autor sobre la misma. En el primero de ellos describe la dinámica de la creación. Como es sabido, Ivanov propone un «simbolismo realista», que descansa en una experiencia extática por la que el artista contempla la dimensión trascendente de la realidad. Desde ahí, a través del «sueño apolíneo», puede comunicar después la hondura de lo real que ha conocido. La obra de arte nace, así, de un principio vital que el artista ha contemplado y está llamado a anunciar.

Frente a esta visión del arte se alza la posibilidad –decaída– del estetismo, que no logra ir más allá de un «simbolismo subjetivista». En este, en lugar de partir de un don acogido con plena apertura, el artista *elabora* los símbolos desde su propia interioridad. No hay, pues, auténtica comunión con la dimensión más honda de la realidad, sino, como máximo, una relación entre individuos basada en un código comúnmente aceptado. A lo largo de la historia, este ha sido el arte propio de la fase crítica de la civilización, mientras aquel corresponde al estado orgánico de la misma. A esta visión del arte en la historia dedica Ivanov otro de los ensayos que recoge el volumen.

Las ideas de nuestro autor van más allá de la crítica artística o de la estética (filosófica). Su concepción del arte –en su sentido más verdadero– es la de un acto teúrgico, una comunicación divina que el artista puede acoger y comunicar. Ese arte verdadero se ha dado en distintos momentos y lugares, y está llamado a resucitar en Cristo. En la modernidad occidental, en cambio, no hay más que un intento prometeico, que no es capaz de aquella salvación

que Dostoyevski anunció como obra de la belleza. Son interesantes los distintos modos en que Ivanov presenta este arte moderno, en especial cuando lo presenta desde la figura de Edipo.

El último de los ensayos constituye una interesante lectura de la *Leyenda del gran Inquisidor*, que coincide en lo fundamental –aunque con una argumentación muy distinta– con la que propuso Guardini.

La cuarta parte del volumen la forma una breve selección de cartas de Ivanov con distintas figuras de su época. Tal vez las más interesantes sean las que intercambió con P. Florenski y con S. Frank. Algunas retoman ideas sobre el arte y de la creación; otras tratan cuestiones de ecle-siología y ecumenismo.

Estamos, en definitiva, ante un volumen pequeño, introductorio, que permite una breve panorámica sobre el pensamiento y la obra de un poeta que no ha sido apenas traducido a la lengua castellana.

Lucas BUCH
Universidad de Navarra
DOI 10.15581/006.55.1.238